

VICTORIANO  
SANTANA SANJURJO

 **SOLTADAS**  
[de literatura y...] **TRES**



COLECCIÓN MERCURIO

100

  
MERCURIO  
EDITORIAL

20  
MARCELAS TODAS

*Pro Marcelas*<sup>68</sup>

68. Las trece piezas que componen esta vigésima soltada —sin contar el discurso preliminar— proceden de mi libro *Pro Marcelas* (Anroart Ediciones, 2010), que se presentó en el Ateneo Municipal de Vecindario el jueves 27 de mayo de 2010 y, el 11 de junio, en el Círculo Cultural de Telde. En Santa Lucía de Tirajana, me acompañaron Paqui Vega Sánchez y Dunia González Vega; en la ciudad de los faycanes, Lucana Falcón León. Trece años y cuatro meses después sigue latiendo en mi ánimo la más intensa y afectuosa de mis gratitudes a las tres porque ejercieron el madrinazgo del que he considerado uno de mis títulos más relevante y trascendente tras *Moiras chacaritas*, y hasta que comencé el proyecto de *Soltadas*; es más, esta serie —que ahora nos convoca a través del tercer tomo— le debe mucho de lo que es y significa para mí este *Pro Marcelas*, la primera de mis obras compuestas por artículos y el libro que, de alguna manera, sentó las bases de una escritura con la que me siento cómodo: el ensayo de tintes ficcionales, la argumentación con mimbres poéticos, el lirismo sobre anclajes académicos... Hablo de una mixtura genérica que sirve para identificar lo que es *Soltadas* y, de algún modo, para entenderme como agente comunicativo que compone con la esperanza de aportar al caudaloso río de nuestro idioma, nuestra cultura, nuestra idiosincrasia... un no sé qué de provecho que ayude a iluminar, aunque sea un tanto, cualquier oscuridad.

El 13 de junio, en *Teldeactualidad*, publiqué, bajo el título “Circundando el *Pro Marcelas*”, unos apuntes acerca mi dos intervenciones en los actos citados. Me gustaría dejar constancia ahora de algunas notas que, quizás, sirvan para entender por qué este producto editorial me representa:

«Este libro se hizo pensando en los no especialistas; o sea, en los verdaderos lectores, aquellos que acuden a la lectura con la esperanza de encontrar algo que les agrada y sorprenda (y no algo que presuponen, como ocurre con los textos especializados). Se ha pensado en quienes desean por curiosidad ver de qué va una obra cuyo título es singular, cuya cubierta es muy llamativa y cuyo índice parece dar cuenta de la

existencia de un conjunto heterogéneo de escritos difíciles de clasificar. Se compuso para entretener, sí, y para que tuviesen motivos para homenajear, de una manera u otra, a las Marcelas que se reflejan en el título que nos reúne; que son, en el fondo, las Marcelas que envuelven mi cosmovisión femenina. [...] De todos los personajes que habitan en las páginas del *Quijote* —al margen del hidalgo y su escudero— es la figura de la pastora Marcela la que, sin duda alguna, más fascinación me ha causado desde que leí por vez primera la novela cervantina. Todavía hoy sigue maravillándome. Es cierto que su presencia es escasa y muy al principio del libro, pero el poso que deja es abrumador. Marcela es una pastora cuyo amor reclama para sí Grisóstomo. Este, al verse rechazado por ella, se suicida. En el entierro, los amigos del difunto la culpan de la triste pérdida. En un momento de las lamentaciones e imprecaciones, aparece Marcela y pronuncia el que, sin duda, es uno de los monólogos más hermosos sobre la libertad de las mujeres, el conocido como “Discurso de Marcela”. Marcela reclama para sí la libertad en el más amplio sentido de la palabra, una libertad que cabría definir como “libertad de elección”. La vida no es más que la asunción constante de decisiones. Tomar una (buena o mala, eso es lo de menos) es dar un paso, evolucionar. La libertad para elegir sería, pues, la libertad para acertar o errar sin depender de nadie; o lo que es lo mismo, la libertad para vivir. [...] Los otros artículos surgen a partir de los impulsos que rigen la percepción de mis días. Este libro no tuvo un comienzo definido, no nació como proyecto hasta que sus textos, reflejados en la mayoría de los casos a través de las páginas del diario digital *Teldeactualidad*, no se confabularon para ir juntos como un ejército conceptual. Lo que ahora ven es un todo cohesionado ideológicamente. Las razones de esta escritura centrada en la mujer, una temática no habitual en mí, habría que verlas con un prisma más o menos similar al de Cervantes: de forma inconsciente, uno va siendo testigo de un mundo, el femenino, que termina consolidando en su visión bajo los patrones de un sufrimiento que, en líneas generales, surge por culpa de la acción masculina. Casi todas las mujeres que reflejo son, de un modo u otro, sufridoras; y la responsabilidad de que esto sea así es, así lo veo yo, el espacio de convivencia que, con natural egoísmo, los hombres hemos construido a nuestra imagen y semejanza».

Aparecen en esta versión definitiva de *Pro Marcela* —renombrada y ahora como *soltada*—, todos los artículos que la componían (distribuidos en tres apartados: “Apoteosis de la soledad”, “Incontinencias de la cotidianidad” y “Apoteosis de la tristeza”) menos el más extenso y académico: “Visión cervantina de la mujer: la mujer en el *Quijote*”, que —revisado en profundidad— tuvo una segunda edición en la Biblioteca de Textos Sadalónicos (tomo 2) bajo el título *Prontuario a una visión cervantina de*

DISCURSO DE MARCELA<sup>69</sup>

«Hízome el cielo, según vosotros decís, hermosa, y de tal manera que, sin ser poderosos a otra cosa, a que me améis os mueve mi hermosura; y por el amor que me mostráis, decís y aún queréis que esté yo obligada a amaros. Yo conozco, con el natural entendimiento que Dios me ha dado, que todo lo hermoso es amable; mas no alcanzo que, por razón de ser amado, esté obligado lo que es amado por hermoso a amar a quien le ama. Es más: podría acontecer que el amador de lo hermoso fuese feo y —siendo lo feo digno de ser aborrecido— caería muy mal el decir “Quiérote por hermosa; hazme de amar aunque sea feo”. Pero si se diera el caso de que corran igualmente las hermosuras, no por eso han de correr iguales los deseos, que no todas las hermosuras enamoran, que algunas alegran la vista y no rinden la voluntad; que si todas las bellezas enamorasen y rindiesen, sería un andar las voluntades confusas y descaminadas, sin saber en cuál habían de parar porque, siendo infinitos los sujetos hermosos, infinitos habrían de ser los deseos.

Según yo he oído decir, el verdadero amor no se divide; ha de ser voluntario y no forzoso. Siendo esto así, como yo creo que lo es, ¿por qué queréis que rinda mi voluntad por la fuerza, obligada solo porque decís que me queréis bien? Si no, decidme: si como el cielo me hizo hermosa me hiciera fea, ¿no sería justo que me quejara de vosotros porque no me amáis? Es más: tenéis que considerar que yo no escogí la hermosura que tengo; que, tal cual es, el cielo me la dio de gracia, sin yo pedirla ni escogerla. Y, así como la víbora no merece ser culpada por la ponzoña que tiene, puesto que con ella mata, por habérsela dado naturaleza, tampoco yo merezco ser reprendida por ser hermosa; que la hermosura en la mujer honesta es como el fuego apartado o como la espada aguda, que ni él quema ni ella corta a quien a ellos no se acerca. La honra y las virtudes son adornos del alma, sin las cuales el cuerpo, aunque lo sea, no debe de parecer hermoso. Si la honestidad es una de las virtudes que al cuerpo y al alma más adornan y hermocean, ¿por qué la ha de perder la que es amada por hermosa, por corresponder a la intención de aquel que, por solo su gusto, con todas sus fuerzas e industrias procura que la pierda?

Yo nací libre, y para poder vivir libre escogí la soledad de los campos. Los árboles de estas montañas son mi compañía; las claras aguas de estos

---

*la mujer* (Mercurio Editorial, 2017) y que aguarda la que será última e inamovible: la que deberá ver la luz, si se diera ocasión para ello, en *Soltadas [de literatura y...] Cuatro*.

69. Adaptación libre de la intervención de la pastora Marcela que aparece en el capítulo XIV de la primera parte del *Quijote*.

arroyos, mis espejos. Con los árboles y con las aguas comunico mis pensamientos y hermosura. Fuego soy apartado y espada puesta lejos. A los que he enamorado con la vista, he desengañado con las palabras. Y si los deseos se sustentan con esperanzas, no habiendo yo dado alguna a Grisóstomo —ni a otro—, sobre su fin bien se puede decir que antes le mató su porfía que mi crueldad. Y si se me hace cargo que eran honestos sus pensamientos, y que por esto estaba obligada a corresponder a ellos, digo que, cuando en ese mismo lugar donde ahora se cava su sepultura me descubrió la bondad de su intención, le dije yo que la mía era vivir en perpetua soledad, y de que sola la tierra gozase el fruto de mi recogimiento y los despojos de mi hermosura; y si él, con todo este desengaño, quiso porfiar contra la esperanza y navegar contra el viento, ¿qué menos que se anegase en la mitad del golfo de su desatino? Si yo le entretuviera, fuera falsa; si le contentara, hiciera contra mi mejor intención y presupuesto... aún, pero porfió desengañado y desesperó sin ser aborrecido; ¡mirad ahora si es razonable que de su pena se me eche a mí la culpa! Quéjese el engañado, desespérese aquel a quien le faltaron las prometidas esperanzas, confíese el que yo llamare, ufánese el que yo admitiere; pero que no me llame cruel ni homicida aquel a quien yo no prometo, engaño, llamo ni admito.

El cielo aún no ha querido que yo ame por destino, y el pensar que tengo de amar por elección es escusado. Este general desengaño sirva a cada uno de los que me solicitan de su particular provecho; y entiéndase de aquí adelante que, si alguno por mí muere, no muere de celoso ni desdichado porque quien a nadie quiere, a ninguno debe dar celos; que los desengaños no se han de considerar desdeñados. El que me llama fiera y basilisco, que me deje como cosa perjudicial y mala; el que me llama ingrata, que no me sirva; el que desconocida, que no me conozca; quien cruel, que no me siga... que esta fiera, este basilisco, esta ingrata, esta cruel y esta desconocida ni los buscará, servirá, conocerá ni seguirá en ninguna manera. Que si a Grisóstomo mató su impaciencia y arrojado deseo, ¿por qué se ha de echar la culpa a mi honesto proceder y recato? Si yo conservo mi limpieza con la compañía de los árboles, ¿por qué ha de querer que la pierda el que quiere que la tenga con los hombres? Yo, como sabéis, tengo riquezas propias y no codicio las ajenas; tengo libre condición y no gusto de sujetarme: ni quiero ni aborrezco a nadie. No engaño a este ni solicito aquel, ni burlo con uno ni me entretengo con el otro. La conversación honesta de las zagalas de estas aldeas y el cuidado de mis cabras me entretienen. Tienen mis deseos por término estas montañas; y cuando de aquí salen es para contemplar la hermosura del cielo, pasos con que camina el alma a su morada primera».

**I. Prólogo a este instante.**<sup>70</sup> Deseo entretenerte y que en cualquier hueco de estas páginas puedas hallar algo que te interese. Espero que pases las hojas que te aburran sin cargo de conciencia y que abras el libro por donde quieras; también confío en que lo cierres o lo arrojes por ahí cuando te apetezca. No estás obligada a leerlo, aunque llegues a sentir en algún momento que lo leído parece haberse compuesto pensando en ti. Tal vez fue así, aunque no te conozca. Posiblemente, siempre ha sido así. Por lo tanto, si percibes que algo se hizo pensando en ti es porque con toda probabilidad así fue o así siempre ha tenido que ser: aunque yo sea para ti una incierta sombra y tú una simple evocación retórica.

Este libro es tuyo y, quizás, tú eres la protagonista. Por eso, solo por eso, hagamos un instante. Este mismo. Construyamos juntos una porción sublime de tiempo efímero y sucumbamos mutuamente aceptando que al cabo nada más habrá salvo la mota de magia que se impregnará en la solapa de cualquier suave abrigo con el que se arropa lo que en algún momento se quiso.

Sí, hagamos un instante, este mismo, y amémonos; sintámonos los únicos, los predeterminados a estar juntos en la eternidad de unas horas nacidas para ser suspiro. Hagamos un instante y olvidémonos de que pudimos no

70. En la nota a pie de página n.º 224 de *Soltadas Dos* (Mercurio Editorial, 2022), centrada en la vigesimocuarta lectura del título, “Instantes”, se lee lo siguiente: «La primera versión de las dos piezas que contiene esta entrada vio la luz en mi *Pro Marcelas* (Anroart Ediciones, 2010): el texto I, como parte del prólogo [la composición que ahora nos ocupa]; el II, como escrito independiente titulado “El instante”. El del preámbulo se reprodujo en *Teldeactualidad* el 6 de junio de 2010; el segundo, el 24 de marzo de 2021, en *Noticias de Agüimes*. Los dos con muy pocos cambios, solo alguna que otra corrección de errata. La versión de “Instante I” que se recoge en este tomo es una revisión de la composición prologal que se hizo para el libreto del disco compacto *Del barrio a la Luna* que Barrios Orquestados realizó en 2018». En este volumen se reproduce como artículo de *Pro Marcelas* lo que fue una parte de la referida soltada veinticuatro. No se ha modificado nada en esta ocasión porque la versión del proyecto editorial que precedió al que nos convoca es la definitiva.

conocernos o de que nos olvidaremos de todo cuando el beso fragüe en la caricia, la caricia en la piel y la piel en el más finito de los infinitos.

Hagamos un instante, este, y marchémonos cada uno al imperio de las tibias rutinas. Hagámoslo y olvidémonos después de él. Aceptemos que así será mejor; y abracémosnos al consuelo de saber que en la desembocadura no habrá deudas del alma ni anhelos zozobrantes que purguen de compasión lo que pudo ser con pasión.

Hagamos un instante, cualquiera, el que sea, donde sea, como sea: aquí, ahora y hasta siempre. Eso te ofrezco. A tiempo estás de cerrar este libro.

#### APOTEOSIS DE LA SOLEDAD

**II. En el oropel de nunca jamás.**<sup>71</sup> Aquellas mundanas, lejanas y perdidas alegrías se fueron al muladar de mis pérdidas para que nadie las rescatase del olvido ni para que fuesen reclamadas en la tristeza de esos pobres amores que diluimos entre sortilegios y flatulencias del alma, entre sábados y días de prez en los que la guagua —dinosaurio moribundo— atracaba en el muelle sin huesos ni horizontes donde otear los amaneceres.

El primer sábado en la tierra perdida se vistió de polvo y calor; aunque sin flores, repleto de pétalos que se masticaban en las urticarias de cualquier recoveco cardinal. Si los amores no creciesen y se hiciesen adustos, bien valdría la pena haber acabado con ellos en la continuación del viaje, pero aquella tarde, aquella bajada, fue el principio de una extinguido devoción que se reseco por carecer de razones para ser perfecta.

El camino incorrecto, la puerta equivocada. La mano en alto. La llamada. La llegada. Las sonrisas. En abril. Un

71. La primera versión de esta pieza data del lunes 11 de febrero de 2002 y llevaba por título "Ossisterra". Estoy convencido de que hubo una anterior, pero se debió perder en algún naufragio. La segunda apareció en *Pro Marcelas*; la tercera y definitiva es la que se ofrece en este tomo.

sábado cualquiera de la historia humana. Subimos. Y allí, en la cocina, dos personas. Sentadas. Nos miran. Sonríen. Saludan. Saludo. Nos vamos. Sonríen. Nos sentamos. Sonreímos. Nos vemos. Hablamos. Nos miramos y dejamos que la tarde se diluya entre los dedos de las palabras que ya no volveremos a oír, las frases entrecortadas, los latidos renqueantes y las chispas de la única primera vez que abril pudo comenzar a importarnos. De noche, las cosas ya no volvieron a ser como antes. El inicio del camino es incierto para el andante sin brújula porque no sabe hacia donde se dirige, aunque sí lo que deja atrás y lo que no ha de volver a pisar. Los comienzos son los principios indeterminados de los «hasta siempre».

Más tarde ya no hubo puertos, ni huesos, ni horizontes dorados; pero sí amaneceres porque vinieron cuando la luna, acorazada, mostraba su cara oculta.

**III. Perdida juventud por la infamia...**<sup>72</sup> y la crueldad del descenso clama por vez primera, sin aliento ni esperanzas, al cielo y al infierno por que le devuelvan la ahora azul flor desaparecida de los labios del yacente para siempre, pues ha sido ingerido por el mal hasta el punto de tener que claudicar sin remedio de la placidez de una vejez compartida que, a partir de este instante, para su dolorida, divagará sobre el deseo irrenunciable de caer cuanto antes al foso para hacer cierta la leyenda contada cuando sus pétalos aún no recibían la escarcha de la mañana que recitaba eso de que hay reencuentros en jardines sin manzanos que son, en palabras matriarcales, los regalos de la virtud que solo recogen quienes moran donde los causantes del pecado capital no supieron conservar porque se empeñaron

72. La primera versión de esta pieza se escribió el domingo 21 de abril de 2002. Como con el texto previo, estoy convencido de que hubo una anterior que, como he señalado en la nota precedente, se debió perder en algún naufragio. La segunda apareció en *Pro Marcelas*; la tercera y definitiva es la que se muestra en este tomo.

en descubrir la innegable verdad de todo cuanto envolvía a la condición humana por culpa de una sierpe que, enroscada en el entendimiento, lamió a la hembra que lamió al macho que lamió la manzana sin atender al hecho de que a partir de ese momento, y solo entonces, como cuentan, tendrían que rezar por la misma ancianidad que ella ahora padecía bajo la carpa de las condolencias de aquellos que poco importaban porque no eran —ni podrían serlo jamás— el filamento que iluminase los apagados besos con los que sellaba diariamente ese pacto de cotidianidad signado en el alma desde el instante en el que —entre miedos e impulsos— probó por primera vez el dulce sabor de la fruta sentada en un antaño vistoso viejo sillón de cuero marrón que hacía sudar cuando se alargaba el roce y que, junto al aire de la eternidad, convirtieron en un barco conscientes de que el mismo bastaba para cruzar cualquier laguna Estigia sin pagar más peaje que una vida entregada al ritual de amar a ese que ahora yace con el fin de ser deseada por quien decidió envejecerse sorteando los meandros que les descubrían el rostro de la arena que el viento de las insidias muchas veces arrojaba sin clemencia ni sosiego por la acusación del pecado de la bondad y los condenaba a errar juntos sin lugar en el que regar el sueño de una permanencia —aun cuando ellos estuviesen para siempre ausentes— que llegaron a estimar necesaria y que el tiempo drenó con la sequedad hasta el punto de que ahora, en sus lamentos, lo que había sido tierra infértil comenzaba agrietarse por el vacío de una existencia que no supo dar ni recibir entre las marismas de su egoísmo particular, y que le hizo temer más por las secuelas de la obra que por la semilla germinada.

#### IV. Mujer sentada piensa...<sup>73</sup>

(*impasible «cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte»...*).

No será una Alicia Alonso, no, pero qué lindos son los sueños. Además, todo es empezar. Si con seis Mozart ya tocaba el violín... Un teatro lleno. Un público rebotante. Aplausos. Fama. «¿Es usted la madre del cisne?». «Todo se lo debo a mi madre». Quién pudiera volver atrás ahora. «¿Para qué quieres perder el tiempo con eso?». Mamá nunca lo entendió. Yo no soy como mamá (*un minuto*). ¿Acabaré como ella? (*baja la cabeza*). Qué lindo aquel tutú. Lo compramos la víspera de... ¿Cuándo fue? Tenía ocho años. No había hecho aún la comunión. Armando ya había nacido. Tenía siete para ocho. Los cumplía al mes siguiente (*se ríe, suspira, se aflige*). No se me daba mal. Era un poco fuerte. Ancha de huesos. Como mi padre, que en paz descanse. ¿Qué habrá sido de aquella academia? ¿Y de mis compañeras? Ninguna fue una Alicia Alonso, pero nadie puso puertas a sus ilusiones (*un minuto*). Mamá, en el fondo, tenía razón (*silencio de ascunción, mirada alrededor, fijación en la ventana, aceptación*). Llueve. Qué oscuro está. Aún no son las siete. Ya se nota el frío. Se acabó el verano. Otro verano. Y ahora el otoño. Otro otoño. Dichosas bolsas. Las arrimaré a un lado. Parece que una solo ha nacido para cargar (*un minuto*). ¡Ay, el recibo, el recibo! Aquí está (*un minuto*). Qué sillas tan incómodas. Me gusta la mesita. Le falta algo. Esas flores no le pegan. Qué feas son. Parecen un... Qué sé yo.

73. La primera versión de este monólogo apareció en un volumen que agrupaba las narraciones ganadoras y finalistas de la edición de 2004 del Certamen Literario de Relatos Cortos de Mujer organizado por el Ayuntamiento de Telde (ISBN: 84-89104-57-3): “Y entonces se quitó los zapatos” de Francisco Javier Mateo Alemán (cuento vencedor); “Kubanda” de Pedro S. Limiñana; “Al son del tango” de Elisabel Rosa Déniz; “En busca de los sentidos” de María Elena León Hidalgo y la que ahora nos ocupa, que se publicó tal y como se presentó al concurso y que, si mal no recuerdo, vio la luz en otro medio (¿*Teldeactualidad*, quizás?) antes de *Pro Marcelas*. Sea como fuere, la actual es la tercera y definitiva.

Algo raro. No hay revistas. ¡Qué cuadro tan bonito! Casi las siete. ¿Qué estará haciendo César? (*veintidós segundos y cuarenta y siete centésimas*). ¿Qué se oye? ¿De qué me suena esa música? (*su rostro se ilumina, luego se difumina*). No me gusta que esté tantas horas fuera de casa. Esa chica no me da buena espina. No es fea. Son muy jóvenes. ¿Y si la deja embarazada? César es muy joven. ¿Cómo va a ser padre? Sin estudios, sin trabajo; sin oficio ni beneficio. Es una locura. Luego habrá que casarlos... y mantenerlos. Se liará con otra y ella...; y nosotros cuidando al nieto (*segundos*)... o a la nieta (*un minuto*). ¿De qué me suena esa música? ¿No es la de las lavadoras? Sí. Es la que salió en aquella película que... Vaya, ya lo diré... El protagonista era... Sí, el que hizo... (*reflexión metafísica profunda y trascendental*). No caigo. Qué embrutecida estoy. En qué me he convertido (*un minuto*). Espero que no le aprieten las zapatillas a Nenita (*una mirada furtiva a la ventana*). Hace frío. Una rebeca es poco. ¿Por qué no cerrarán la puerta del local? Ahí está la madre de Melany. «Hola». [...] «Sí, ya se nota el frío». [...] «¿Le parece bien si...?». [...] «Eso mismo era lo que yo pensaba: será mejor cerrar la puerta». [...] «Espero que no le moleste a la monitora». Qué desmejorada está. Dice que hace dieta. Como yo. Mucho sacrificio, pocos resultados. Total, para gustar a quienes hace tiempo que no les gustamos. Antes no era así. Jamás volverá a ser como antes (*un minuto*). Se cortó el pelo. No me gusta el baño de color. Me recuerda al de mi cuñada Elvira en... ¿Cuándo fue? ¿Cuándo fue? En... ¡Ah, sí, claro, en el bautizo de Rogelio! Sí. Cuando Arturo se cogió una buena. Qué bochorno. Rogelio... ¿Qué será de él? Dejó los estudios. Creo que también tiene un medio lío. Ya están en la edad. ¿Cuánto se lleva con César? Yo estaba embarazada de César y Elvira... Elvira... Ah, no, no, espera... Que Elvira no se había casado todavía. Mis suegros vivían todavía. Cuatro años. Sí. Cuando César empezó la primaria, Rogelio tenía un año. Uno o dos, más o menos. Mi suegra ya

había muerto y... ¡Ah, no, no, no! Estoy confundida con Merche. No. César le lleva tres años a Rogelio y cuatro al de Merche. Sí. A Bochiche (*un minuto*). Bochiche... ¿Pero cómo se puede llamar alguien así? Bochiche. Tiene nombre de bar: El Bochiche. Ese sí que no está muy bien de la cabeza. ¿Cómo se puede llevar encima una ferretería? ¿Qué sentido tiene llevar clavos o tornillos por toda la cara? (*gesto de «ay, cuánta inmadurez»*). Las siete pasadas (*19:04*). Queda verdura sancochada del mediodía. Eso y un huevo frito para Arturo. Nenita y yo comeremos espinacas y César... César que se busque la vida. No agradece nada. Solo quiere la camisa limpia y el dinero para arreglarse esa fila de hormigas paseando por el cachete (*chasquido con la lengua*). Claro, el padre... Mucha rienda suelta, poco control... El machito, el machito. A ver qué dice cuando le traiga un bombo a casa. Me gustaría ver la cara que pone el papaíto, aunque ya me lo imagino: seguro que le echa la culpa a ella por buscona. Aunque bien mirado..., pues no sé si darle la razón. Qué falditas se gasta la niña. Para eso que vaya en bragas. O en tanga. César es muy joven (*«excusatio non petita...»*). Las mujeres a su edad somos más maduras. Los chicos solo van a eso (*«tan callando»*). Y pensar que hasta ayer una lo vestía y lo calzaba. Tanto esfuerzo para esto (*un minuto*). ¿Habrá llegado ya a casa Arturo? Hoy es jueves. ¿Jueves? (*duda existencial*) Sí, jueves. Seguro que llega tarde. Menudo golfo. Una encerrada en casa y él... sin dar señales de vida. Luego se ofenden si les llamas la atención (*somnoliento silencio solitario*). ¡Es el *Lago de los cisnes*! Sí. Es de... Bueno, ¿cómo se llama? Sí... Es ruso... Es... Vaya, cómo se anula una entre platos y fregonas. No es justo. Deberían darnos un sueldo. Hacer camas, limpiar la mierda de otros, tener la comida a punto, la ropa... Luego se te ponen chulos. Cuida cuervos... Cría cuervos... No es justo que estés toda la vida dependiendo del sueldo de tu marido, se muere y te ves con una mano delante y otra detrás. Y, claro, como él es el que ha cotizado y tú, para

los de arriba, has sido una mantenida. Pues eso. Si Arturo se muere ahora, ¿qué me queda?... Nada: una hipoteca, dos hijos menores y muchos problemas para ponerme a trabajar ahora, a mi edad, sin estudios, sin oficio ni beneficio (*un minuto; soporífera sombra...*). Ahora hace calor (*un no sé qué pasa por delante*). Tengo sueño. ¿Dostoievski? Sí, me suena. Eso es de Dostoievski. Seguro. Bueno, y si no lo es... Bah, a las lechugas muy poco les importa esa cuestión. Aquí la burra. Y yo que tenía mi trabajito y mi dinero. Debía haber esperado un poco. Qué prisas. Total, para llegar a la cárcel más pronto. Pero mamá: «es un buen chico, aprovecha». Mucho zumo, mucha vida sana, muchas atenciones al principio, pero luego... («*cuán presto se va el placer*»). Ajos, cebolla, leche, lejía... ¡Qué memoria más..., joder! Ajos, cebollas, leche, pilas para la radio, lejía... (*enumera productos sin percatarse de que ha repetido dos veces "cebolla" y otras dos "yogur de pera"*). Mañana haré macarrones. Arturo no viene a comer. A César le gustan. Abriré una lata de atún y sancocharé un huevo. Mierda, hoy cenan huevo. Bueno... Queso rallado. El supermercado abre hasta las nueve. ¿Qué más falta? ¡Los zapatos! Se me olvidaron. Mañana los cojo antes de ir a buscar a Nenita. ¿Habrá podido con los tacones? (*un minuto*). Qué guapa es la profesora de Nenita. ¿De qué se alimentará esa mujer? «Sí, el del mes pasado. Estaba por recordárselo». Nunca sonrío. Jamás mira a la cara. ¿Por qué lleva siempre el cuello tapado? Lleva anillo de casada. No creo que el marido... No, no será eso (*se agarra el cuello*). Sería horrible. Qué miedo. ¿Y si Arturo, cualquier día...? ¿Qué sería de mí? ¿Cómo lo denunciaría? ¡Qué vergüenza! Tendría que callar... Así hasta que ocurra lo irremediable. Entonces... Dios mío, que me quede como estoy («*cómo a nuestro parecer, cualquier tiempo pasado fue mejor*»). «Aquí tiene el del mes pasado y el de este. Perdone el retraso». [...] «Gracias». ¡Ahí está Nenita! ¡Qué grande está María! Ya es toda una señorita. Hasta la comunión duran los Reyes, luego... Adiós a la inocencia. A los

nueve, a los diez, a los once... Luego vendrán los amigos. Y las noches sin dormir. Y los temores. Y la primera vez. Ahora empiezan muchas primeras veces... (*suspira*). Siete y cuarto. Ya salen. Un día menos («*nuestras vidas son los ríos, que van a dar a la mar*»). «Adiós, hasta el jueves».

[A mujer sentada que piensa impasible «cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte» veo a través de los cristales tibios de un otoño que se desmiga en sus labios de suspiros vagos e impolutos bajo la mirada plomiza que deposita en cada ronda de recuerdos imprecisos pintados con el vapor de las desesperanzas mundanas que jamás valdrán para llevarla a la mentirosa felicidad tantas veces anhelada como prohibida por un tiempo que hace tiempo se encargó de cerrar frente a sí las puertas azules con llaves de frustraciones e imperfectas muestras de sendas erradas en los pasos cansinos que sin voluntad marcan los frutos de la permanencia terrenal y en las difusas acciones que día tras día se diluyen en la monotonía de los actos y en la confirmación de que nada es imprescindible, de que los arrabales de las quimeras se doblan de pereza en los atardeceres de este final de estío en el que veo «cómo se pasa la vida, cómo se viene la muerte» en cada esquina de los sueños y recuerdos espolvoreados de una mujer sentada que piensa impasible].

#### INCONTINENCIAS DE LA COTIDIANEIDAD

V. **Sobre lo políticamente correcto.**<sup>74</sup> *Primer hecho.* El señor candidato circula por la autopista junto a su becario. No lo hace con la debida ortodoxia: va por los carriles centrales y por la izquierda, realiza adelantamientos sin avisar, lleva más velocidad de la permitida... De repente, su veloz trayectoria se ve mermada porque frente a él hay un vehículo. Cuando logra rebasarlo y comprobar quién conduce la maquinaria entorpecedora, lanza un impropio acerca de la imposibilidad que, a su juicio, tienen las mujeres para

74. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 12 de agosto de 2007. La versión de *Pro Marcelas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

manejar coches y, ya puestos, cualquier tipo de mecanismo. Su acompañante aplaude la —a su parecer— aguda observación.

*Segundo hecho.* El señor candidato llega junto a su becario particular a la sucursal de una entidad bancaria dirigida por una fémina. Va a ofrecer mil y un argumentos para que su oficina y, por extensión, la empresa monetaria a la que representa les ayude a financiar su campaña electoral. Sobre el tapiz de las justificaciones hablará de paridad y de que las mujeres y los hombres de su formación son una piña. Al salir del encuentro, hace un comentario soez en el que se entremezclan tetas, carretas y demás términos de posible rima en *-etas*.

*Tercer hecho.* El señor candidato y su becario llegan a la sede del partido X. Hoy tienen una reunión importantísima porque van a decidir la lista final con la que se presentarán a las elecciones. Están convencidos de que —al menos los dos primeros— lograrán entrar en la institución pública Z. Toma la palabra el señor candidato y afirma que hay que mezclar hombres con mujeres para que los votantes vean que aquí todos somos válidos. Alguien le espeta que sería oportuno comprobar el currículum profesional de cada uno, pero el señor candidato opina que eso es lo de menos porque están haciendo política y los electores, a la hora de votar, solo escogen a personas conocidas. Por eso es incuestionable que él sea el primero. Colocará en segundo lugar a un afín, un viejo amigo, un poeta que también hace versos que riman en *-etas* cuando conduce. En tercera posición, para que se vea que sí tienen presente al género femenino, pondrán a...; y «si es joven y guapa, mejor», piensa para sus adentros el precavido líder.

*Cuarto hecho.* El señor candidato le pide a una mujer de las que están en la reunión que le acerque la botella de agua. «Tengo la boca seca», dice. El becario aprovecha el momento: «de paso, trae la caja de galletas». Ella se levanta y

cumple las órdenes; el resto permanece concentradísimo con las palabras del señor candidato.

*Quinto hecho.* A un hombre de los presentes en el encuentro se le ha caído su vasito de café. Qué torpe. Se han manchado los folios que llevaba (directrices fundamentales para el buen gobierno de los Estados occidentales), la pernera derecha del pantalón, el empuje y la puntera de su zapato y el suelo. Un charco de líquido derramado cubre algunas baldosas. El señor candidato le pide a la mujer que está sentada junto al patoso —la misma que acaba de comprobar que hay salpicaduras de café en sus medias— que vaya a por la fregona y el balde. «Están detrás de la puerta del baño». Dada la orden, sigue hablando de la importancia de que haya paridad en las listas para que los electores consideren a su formación un grupo moderno, progresista, de futuro, etc.

*Sexto hecho.* Al acabar la reunión, el señor candidato y varios hombres se ponen de acuerdo para ir al bar más próximo con el fin de seguir tratando asuntos de mucha enjundia. Las mujeres se quedan en la sede terminando de recoger. ¿Acaso porque los próceres tienen previsto ir a un bar donde despacha bebidas una que, según dicen, está para comérsela? Sea como fuere, en el que será, sin duda, cenáculo de ínclitos vates, en algún momento de la velada, se hablará de tetas, carretas y demás rimas posibles acabadas en *-etas*.

*Séptimo hecho.* El becario le ofrece a su amo el borrador del discurso que mañana expondrá a cuantos asistan al memorable evento de proclamación de la candidatura. Lo mira por encima. Chasquea la lengua y con amable reprensión le afea al discípulo su falta de perspicacia política: es inadmisiblemente empezar con un «Queridos amigos» y no con un «Queridos-queridas, amigos-amigas». Sin duda, este joven carece de picardía. ¿Cómo se puede desatender este detalle que contribuye a que todas las mujeres vean en el señor

candidato la egregia figura de alguien que las respeta y las tiene en consideración?

*Octavo hecho.* La camarera ha sonreído al señor candidato. Es amable. Es profesional. Quizás conozca al cliente de haberlo visto en algún medio de comunicación, aunque yo creo que, en realidad, sabe de él porque ya ha venido otras veces al establecimiento. Este le ha devuelto la sonrisa y la ha acompañado de un comentario sobre pillar y matar que no he entendido. La mujer, sin perder la compostura, le deja caer que está casado y él, presumido, aceptando su condición de centro del sistema solar, le muestra su anillo de bodas y se precia de los muchos años de matrimonio que lleva, los hijos que tiene («un chico y una chica») y la veneración que siente su señora esposa por él. Ella sonríe. El señor candidato, jactancioso, piensa no sé qué acerca de un bote, un anzuelo picado, una caña o algo por el estilo. ¿Querrá irse de pesca ahora?

*Noveno hecho.* Al llegar a su casa, el señor candidato, que ha tomado no pocas copitas de más, le pregunta a su señora esposa dónde está la hija. Ella responde que salió con el novio. El señor candidato mira el reloj y lanza algunos improperios sobre la mala educación que le ha dado al permitirle ciertas liviandades que en una chica honrada no se deben admitir. Calla la esposada madre. Él le reprocha que una muchacha fuera de su casa a esas horas de la noche es una buscona y una golfa, y una... Y que no está dispuesto a...; y que con el macho es distinto, que no hay peligro de bombos; y que adónde vamos a parar, que aquí se ha confundido la libertad con el libertinaje...

*Décimo hecho.* El señor candidato está malhumorado. Qué desastre de mujer le ha tocado en suerte. No sabe hacer nada. Ni cuidar la casa ni educar a los hijos. Él se mata por ellos, pero nadie se preocupa por él. La culpa es de la madre que los tiene muy consentidos y no les ha enseñado quién lleva los pantalones. ¡Mecachis!

Sentado en su sillón habitual y acompañado de un güisqui con una enorme piedra de hielo, saca las hojas que le entregó el becario para ver si, con el estudio sesudo de su discurso, logra que se evapore el enfado que le ha producido la indolencia mostrada por su señora esposa; fiel reflejo, a su juicio, de la imposibilidad de que las mujeres desempeñen cargos de responsabilidad. Comienza su repaso: «Queridos-queridas amigos-amigas: preocupados-preocupadas estamos todos y todas por la situación...». Al final —se imagina con beatífica sonrisa—, el pabellón al completo aplaudirá, entre otros asuntos que el orador expelerá, esa encomiable defensa de la igualdad de géneros que desprenden sus palabras.

**VI. ¿Irremediable involuntariedad?**<sup>75</sup> Una pareja compuesta por un hombre y una mujer (necesaria concreción para conducir la observación adonde conviene) está en una terraza. Ella es la que pide lo que van a consumir: un refresco X, una cerveza Y, unas papas... Al rato, llega el camarero con los productos solicitados. ¿Por qué en la mayoría de las situaciones el empleado de la cafetería intuye que la bebida alcohólica es para el hombre? Supongo que, entre el surtido de respuestas posibles, no han de faltar algunas relacionadas con la costumbre, con la asunción de una habitualidad basada en prejuicios sociales («es que una mujer borracha frente a un hombre borracho, pues...»), llegan a decir sin decir —diciéndolo todo— muchos). ¿La frecuencia con la que se da esta situación no es una señal de que algo está fallando?

Seguro que el trabajador de la hostelería no es ni machista ni ha pensado jamás que solo los hombres deben consumir alcohol; pero lo cierto es que, sin quererlo o sin proponérselo, ha considerado que el refresco era para la señora.

75. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 19 de agosto de 2007. La versión de *Pro Marcelas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

Supongo que, si le hiciésemos saber el error que ha cometido, sonreiría, se disculparía, enmendaría el entuerto y el yerro pasaría a ser una simple anécdota porque el dúo, sin interés por que se agrie la fiesta, no iría a más. Pero la pregunta, una vez formulada, no puede quedarse en el limbo. Repito: ¿por qué suceden hechos como este?

Veamos la siguiente secuencia. Una pareja compuesta por una mujer y un hombre (necesaria concreción para conducir la observación adonde conviene) va a un supermercado. Después de elegir varios productos, se dirigen a la caja para abonar el importe de lo escogido. La persona responsable de cobrarles anuncia una cantidad, la clienta entrega más dinero de lo solicitado («no tengo suelto») y queda a la espera de que le den el cambio. ¿Por qué más veces de lo normal la devolución se la dan al hombre y no a quien pagó? Llegado el caso, se apuntará con cierto humor: «no, no, eso es de ella». Se ofrecerá la oportuna disculpa y la mujer le quitará hierro a lo ocurrido. Todo se registrará como suceso simpático porque ha habido por medio un inocente despiste, y aquí no ha pasado nada. Pero este hecho anecdótico no es infrecuente y su habitualidad empuja a cuestionarse el porqué de su reiteración.

Una secuencia más y lo dejo. Una pareja compuesta por un hombre y una mujer (necesaria concreción para conducir la observación adonde conviene) va a un restaurante. Mientras consultan indecisos la carta, preguntan por un vino para acompañar y aceptan la sugerencia del maestra-sala. Al rato, trae el sumiller una botella de la aconsejada bebida, la abre delante de la pareja y echa una pequeña muestra en la copa del hombre para que este dé su visto bueno. ¿Por qué? En algunos establecimientos el sentido común empuja la pregunta que debe hacerse: «¿quién desea probarlo?»; pero, por mi experiencia, no es lo frecuente. ¿Por qué? ¿Qué sustenta la asociación alcohol-testosterona?

Aun admitiendo que las secuencias reproducidas pueden conducir al lector a la consideración de que llevo las cosas

un poco más lejos de lo normal —y es posible, no lo niego, que así sea—, me gustaría que se reflexionase sobre las veces en las que, en nuestra vida cotidiana, se producen estos actos involuntarios. Sin duda alguna, ustedes podrán poner ejemplos mucho más clarificadores que los aportados en este texto. ¿Por qué ocurre esto: por hábito, por costumbre, por la educación recibida...? Confieso que no lo sé a ciencia cierta; y lo que yo sospeche o crea importa bastante poco ahora porque lo que se ha de resaltar es que hay momentos en los que, de manera inevitable, un buen número de personas actúa así.

¿Debemos preocuparnos por todo lo indicado? ¿Conviene calificar de simples anécdotas situaciones como las presentadas? ¿El componente involuntario, si lo hubiera, restaría importancia a lo expuesto? ¿Minimiza la cuestión la posibilidad de que sea irremediable lo señalado? ¿“Ganaría” la sociedad si los “errores” mostrados se erradicaran por completo? ¿Es correcto pensar que estos hechos son pequeños resquicios testimoniales de un problema mucho más grande de integración de las mujeres en un mundo, el nuestro, construido por los hombres? ¿Me estoy pasando o me estoy quedando corto?

**VII. El orden de los factores.**<sup>76</sup> Un 8 de marzo es un día magnífico para dirigirme a esos entes antropomórficos primarios —esos filonazis mentales— para afearlos (por decir algo suave) el flaco favor que prestan a la humanidad cuando piensan y actúan como lo que son (en eso son coherentes, para qué negarlo), sembrando contra las mujeres las semillas de la desigualdad, la brutalidad y el dolor.

También sería estupendo dirigir el dardo envenenado en dirección a esos otros entes antropomórficos que pululan por las instituciones y que hacen del juego genérico

76. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 8 de marzo de 2008 con el título: “¿El orden de los factores no altera el producto?”. La versión de *Pro Marcelas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

“os/as” la carta de naturaleza de una conciencia de igualdad que, en sus bocas, es tan falsa como su nobleza y honorabilidad.

Mas hoy espero dulcificar mi hiel porque me gustaría dirigirme a cuantos sí honran a su condición de miembros de la gran familia de la humanidad. Necesito aprovechar la efemérides para compartir una duda que lleva tiempo anidando en mi huerto: ¿por qué cuando se desea integrar a los dos géneros en cualquier expresión oral y escrita se da prioridad en la enumeración primero a la forma masculina y después a la femenina? ¿Por qué se habla de «hombres y mujeres», de «alumnos y alumnas», de «ciudadanos y ciudadanas» y no al revés? ¿Cuándo podremos oír y leer, con la normalidad y frecuencia que requiere el caso, «una mujer y un hombre», «una alumna y un alumno» o «una ciudadana y un ciudadano», por seguir con los ejemplos anteriores?

No voy a entrar en las disquisiciones del sexismo de la lengua, del valor de la etimología ni demás cuestiones filológicas (repito, fi-lo-ló-gi-cas) porque..., en fin, ya he dicho antes cuál es mi deseo para hoy. Al fin y al cabo, el 8 de marzo bien lo merece: cada vez somos más los que hemos tomado conciencia real de lo que significa esta fecha y, al mismo tiempo, como si de un tesoro se tratase, los que valoramos el inmenso patrimonio moral que nos concedemos (y entregamos al futuro) cuando nos preocupamos todos los días por que sea una realidad la igualdad plena entre mujeres y hombres; una igualdad que no acepta discusión alguna; una igualdad que, al cabo de las dos primeras décadas del siglo XXI, no puede ni debe ser cuestionada.

### VIII. Monólogos en pena mayor.<sup>77</sup>

I. «Seguiré aquí: enfangada, enterrada, sin vida, asqueada, aterida, ignorada, violentada, humillada, sin futuro, sin pasado, ¿con presente?... Muerta, en suma —piensa—. *Aquí seguiré: viendo pasar los años entre estos escasos metros cuadrados de olvido, en esta celda que he llenado de retratos sonrientes que solo alcanzo a ver desde el horizonte del polvo que cada mañana los enmarca*» —siente—. Toma su taza de porcelana barata y mira al techo con los ojos de la costumbre. Sus manos hinchadas ya no pueden asir las alianzas *deposítadas bajo los pétalos que la desidia marchitó*. Hay una tela de araña. «Vaya». La escoba. «Cogeré la escalera». Es mucho trabajo. La deja como está. «Paso». Agacha la cabeza. Bebe un poco. Deja la taza. Se mira las manos. Se adormece y *de fondo se oyen los amores tenues de dos infames actores que accedieron a consumir su mediocridad aceptando la representación de una vida que ni ellos mismos se creen y que ni en el país de los embustes se verá nunca consumada* —piensa—. «Ámala, maldito, aunque ya no tengas nada que hacer, aunque mientas, aunque sepas que no será el destino de tus alegrías; ámala, maldito, que implora tus besos...». Apaga la televisión. «¿Quién apagará todo esto?». Se levanta. No puede. Vuelve a intentarlo. Le cuesta. «Mi reino por un instante de fuerza suprema». Lo consigue por fin. Se dirige a la cocina. Deja la taza en el fregadero. Le echa agua «para que el azúcar no se pegue» y no le azote el irrefrenable deseo de tirarla a la basura cuando se encienda la señal de alarma

77. La primera versión de esta pieza, con el título de “Monólogo segundo en pena mayor”, apareció en un volumen que agrupaba las narraciones ganadoras y finalistas de la edición de 2008 del Certamen Literario de Relatos Cortos de Mujer organizado por el Ayuntamiento de Telde (GC 182-2009): “Mariposas en la oficina” de Noelia del Carmen Verona Martel (cuento vencedor); “Normal-es” de Silvia Rodríguez Molina; “Un milagro en sus manos” de Ariadna Pérez Ramírez y la que ahora nos ocupa, que se publicó tal y como se presentó al concurso y que, si mal no recuerdo, vio la luz en otro medio (*¿Teldeactualidad*, quizás?) antes de *Pro Marcelas*. Sea como fuere, la actual es la tercera y definitiva.

y concluya que le resta frotar el fondo de la porcelana barata con el mismo desespero de quien espera acabar con una condena a galeras para que le aflojen las presiones de los grillos —siente—. *Todo se derrite...* «Hace calor. No me he duchado. Qué sudor». Se da asco. «Me doy asco». Echa agua en la taza. «Voy a fregarla. Termino antes». Es una cosa menos que tendrá que hacer. «Qué más da ahora o después». Se seca las manos. Dedicar un instante a contemplar las sillas de la cocina que pintó tiempo ha creyendo que así lograría dar un toque diferente al espacio. Con cada brochazo, un imaginario «qué bien lo has hecho, mamá; hacía falta; qué artista; qué bueno...» y un «qué bien lo has hecho, cariño; hacía falta; qué artista; qué bueno...», y un «qué bien lo has hecho; hacía falta; qué artista; qué bueno...» por parte de cuantos entrasen allí y fuesen concedores del secreto que encierra la belleza de aquellos asientos. Pero nadie dijo nada, hace mucho de eso y ahora el conjunto parece reclamar algún que otro retoque. «Paso».

II. (*«Termina de una vez por todas conmigo; con este infame juego; con este infierno de pétalos marchitos, de rosas sin olores, de versos sin poesía; de males, tristezas y dolores. Ahora sí, ahora, por fin. Renuncio, dimito, lo dejo... Me voy; te quedas... Quédate con todo: con tu aire que ya no me permite respirar, con los brazos que ya no me dan calor, con los labios que ya no me insuflan vida... Sí, con todo: con tus esquinas, tus torreones y tus horizontes. Tuyo es cuanto tus ojos ven; cógelo, ven, tuyo es. A mí déjame, abandóname; échame a los perros y que terminen de roer los restos que ya no tengo. Ven, desuéllame, mala sangre, si quieres; arráncame la piel como me has arrancado las entrañas, cruel verdugo, mala historia, malos pasos. No, no y mil veces no, error imperdonable, castigo divino, cruz impía que atraviesa mis vísceras. No quiero tus alas de plomo, tu falsa libertad, tus amargas mentiras. No quiero tu impulso que jamás me permitirá alejarme de ti. No subiré contigo más allá de un palmo sobre el suelo. No me*

*dejarás más. No quiero porque ya no puedo más; ya no te quiero porque nunca me has querido, mala sombra. Arráncame, veneno, ya de tu lado; arráncame ya la vida que he terminado perdiendo junto a ti; rómpeme ya las cadenas de mis tobillos, las que pintaste de oro para que la luz las hiciese cegadoras, para que no viese que eran irrompibles, para que no me sintiese apresada en tu jaula. Haz el último acto piadoso y échame de ti. Te devuelvo el palacio que me diste guardándote las llaves de las celdas y las verjas... Tuyo, como siempre ha sido, es ahora el gobierno de esta nave que nunca permitiste que surcara los mares; tuya es el ancla que siempre tuya ha sido; tuyo, el rumbo. Tú colocaste la estrella, tú giraste el timón. La popa fue tu popa; la proa, tu proa. Dame el último beso y traicióname para que termines de crucificarme. Yo mismo te pagaré las 30 piezas de plata. Ajustíciame ahora que estoy postrada a tus pies y te muestro el seco pellejo de mi cuello. Mutilame el alma para que deje de sentir miedo, para que pueda hablar sin tener que bajar la cabeza, para que la tierra mojada no me huela a estiércol. Aquí me quedo, aquí me apeo, mal compañero. Te devuelvo los vestidos que para tu solaz compré, las joyas que acepté que me colgases y las gratificaciones que tan caras me han salido. Todo, todo es tuyo porque nunca ha sido mío. Quédate con lo disfrutado, con la prenda regalada, el tiempo entregado, la vida donada y con tu obra insigne... Quédate con tus cuidadas flores, regadas cada día con el agua de las esperanzas; y con aquello que tu ingratitud no me permitirá ver. Tuya siempre ha sido mi vida; tuyo es, pues, su cierre. Hazme ya tu punto final. Conclúyeme, mal compañero...»).*

—¿Qué tienes, mi niña?... ¿No puedes dormir?... A ver, déjame verte... Tienes un poco de fiebre... Ven, vamos a tomar un poco de Motrin... ¿Te sentó mal la cena? Estás sudando... Vamos... Sí, déjame... Ven... Vamos... Nos cambiamos el pijama, ¿vale?... Vamos a ponernos el de las flores amarillas... Es más abrigado... Lo mejor será

que sudés y ya verás cómo mañana te encontrarás mejor... A ver... Eso fue la corriente... Claro, sales sudada de ballet... Mira que te lo digo... Bueno, mi niña, no es nada... Mañana estarás mejor... Venga, un besito... Sí, sí... Mañana... Sí, mañana iremos. Llámame si te encuentras mal... Vale... Estaré en la sala...

*(«donde siempre, esperando a ver cómo las perlas de mi flor se abren al mundo, mi niña. ¡Ay, mi niña linda! ¡Qué pena de futuro el que te estamos escribiendo! ¡Ay, mi dulce fruto, mi lucha! ¡A quién mirarás cuando mañana te hablen de “mañana”? ¡Qué mano te agarrará mientras camines? ¡Cuál de ellas te recogerá cuando tropieces y caigas? ¡Quién llorará a tu lado cuando llores? ¡Quién reirá tus alegrías? ¡Ay, mi niña linda! ¡Quién ocultará tus penas de amor? ¡Quién te observará detrás de los espejos cuando des tu primer beso? ¡Quién vivirá contigo todas las primeras veces que ahora comienzas? ¡Qué tristes páginas te estamos escribiendo, mi niña! Duerme, si puedes; duerme antes de que los desvelos se apoderen de tu inocencia y las noches se compongan con el fragor de la rabia. Eres mujer, Nenita; tus decisiones nunca serán fáciles. Duerme, mi ángel, antes de que ya no te dejen la palabra; antes de que ya no cuentes para el mundo. ¡Qué amargura, mi cielo! ¡Qué tragedia! Traerte y comprobar que juntas tendremos que derramar muchas lágrimas. Duerme, que mamá aquí está..., donde siempre; a tu lado, esperando... Esperando sin saber muy bien a qué...»).*

—¿César? ¿Sí?... ¿Dónde estás?... Te oigo fatal... Que vie... Que no vienes... ¿Con qui...? ¿Eh?... ¿César?... Ponte en un sitio mejor para oírte... Sí... Ahora... ¿Dónde estás?... ¿Pero mañana no tienes clase?... Tú sabrás... Sola... Sí, Nenita ya está acostada... ¿Eh?... ¿Quién...? ¿Tu padre?... Hoy es jueves, hoy le toca pajarrear... No... No, no ha llamado... ¿Te preparo algo para cenar?... ¿Estás con...? Ten cuidado. No hagas tonterías... Usa la cabeza... No desgracies tu vida... Vale, me

callo... Ya sabes dónde está tu casa... No llegues tarde... ¿Sí? ¿Me oyes? Que no... Que no llegues...

*(«porque es lo que realmente quieres hacer: no llegar nunca más, mi hijo; emigrar de los primigenios afectos que te di. ¡Ay, mi niño! Qué pronto te hiciste hombre. ¡Qué pronto tus andares comenzaron a pasar desapercibidos! No me ha dado tiempo a arrojarte, a contarte cuentos, a soñar contigo. No, no me ha dado tiempo. Has sido un lindo suspiro; un lindo suspiro que demasiado pronto se me ha evaporado y que siento que ya no veré más cerca de mí. Atrás... Muy atrás... los primeros pasos... Las primeras veces... Hemos aprendido juntos a tantas primeras ocasiones... Y ahora... Ahora no sé qué seré para ti... Ni qué he podido ser. Tampoco qué soy. ¿En qué he fallado si he fallado? ¿En qué he acertado? ¡Qué pronto se anochece en los recuerdos, mi niño! ¡Qué lejanos! ¡Qué difusos! Cómo lentamente has levado el ancla y... ¡Ay!, qué lejos empiezo ya a sentirte. Tu voz me suena cada vez más desconocida. Ya no eres el niño de los pantalones cortos que atravesaba los pasillos en su cápsula espacial, sino el hombre encapsulado que aún no se ha dado cuenta de que hace tiempo que no hablamos de los ángeles. El que temblaba la víspera de Reyes, ahora es rey y ciñe su corona dorada sin temores a ser derrocado, y sin limpiar sus aristas con los paños sepias que aún no se han llenado de los vapores aromáticos del pasado. ¡Adiós, mi niño, adiós! Hasta cuando quieras...»)*

—Sí... Sí, dime... ¿Que no vienes?... ¡Ah!, que vienes pero... ¿Dónde estás?... ¿Qué ruido es ese?... Oigo voces... ¡Ah!, claro, es jueves... ¿Vendrás...? No... No... ¿Quién?... No... ¿Ven...? Queda algo de verdura, sí... y te hago un huevo frito... ¿Eh?... No, si no me importa... ¿Eh? No te oigo... No, que yo te espero... ¡Que te espero!... Oh, ¿y qué voy a hacer?... No, no ha llegado... Con la chica, imagino... No, no me dijo adónde iba... Llamó... Ya... No creo que tarde... Ya sé que son más de las doce... ¿Qué hago?... ¿Eh? No te oigo, ¿dónde

estás?... Pues cámbiate de sitio para oírte mejor!... ¿Sí?...  
 ¿Nenita?... Acostada, sí... Tiene algunas décimas...  
 No... Fue a ballet y... Sí, cenó algo y... Vale, no tar-  
 des... Te espero...

(«como siempre»).

III. «¿Quién es esa mujer que no conozco? ¿Quién es? La veo y no termino de reconocerla. Su rostro me es familiar; pero no, no sé quién es, no logro identificarla. Trato de asociarla a alguien, pero la memoria es caprichosa y juega conmigo al azar de unas imágenes que no sé dónde ubicarlas. Pienso en una lejana mujer que tenía en primavera unos bellos ojos almendrados que devoraban el mundo y que, por el mundo, eran devorados; ojos que soñaron verlo todo; ojos de arcoíris, de fuego, de esperanzas y de deseos, de muchos deseos; ojos del descubrimiento; ojos que se emocionaron bajo las estrellas, que sintieron el salitre de la inmensidad oceánica, que fueron cerrados con besos de buenas noches; ojos calurosos y venturos que no vieron más lágrimas que las de las pequeñas frustraciones de juventud que jalaron el vergel de un mundo casi perfecto, cuando todavía había mucho que ver y no pocas eran las ganas de que todo fuese visto. Pero aquellos ojos que recuerdo no son los que ahora veo. No son los mismos porque los que contemplo en la distancia son ojos que piden el cierre y el silencio; ojos hastiados de ver las rutinas de la decrepitud; ojos sin buenas noches, sin más cromatismo que la amplia gama de grises trazados con brochas de púas; ojos que han visto más allá de lo querido, que han llorado demasiadas tragedias y que se han terminado por vaciar. Sí, esos son los ojos que ahora veo y no reconozco: ojos vacíos, huecos, sin iris, sin brillo, ahumados; envueltos en el pellejo de las muecas y llenos de vigilia forzada. Ojos que ya nada tienen que decir. No son los ojos de aquella mujer. No, esa que veo no puede ser la que ante mí se muestra. Aquella no

tenía el rostro macilento de esta ni provocaba en mí el aviso letal de que la que ahora veo, esa a quien no reconozco, hace mucho que carece de la capacidad de captar las fragancias de ninguna primavera porque perdió el olor vital de la tierra mojada, el frescor de la piel joven y tersa; el aroma embriagador que desprenden los cuerpos entrelazados. Esa faz ya no huele otra cosa que no sean las tufaradas de su memoria. ¿Quién es? ¿Por qué no logro acordarme de si sus labios yermos alguna vez supieron besar? ¿Por qué me resulta tan extraña y familiar esa desconocida que no dejo de sentir como algo mío que ya no quiero, si alguna vez quise? ¿Por qué los surcos de su rostro no recorren el camino sagrado de una trayectoria ascendente? ¿Quién le ha clavado en su expresión el cansancio? ¿Dónde está el color de sus mejillas? El cuello que portó collares en noches célebres, ahora es un otoñal pliego deshilachado y oscuro; el que tantos besos recibió, el que encendía la envidia de cisnes... ¿Y ahora? ¿Qué vida han amamantado esos secos senos, llenos de estrías, marchitos y humillados? Dios mío, pero ¿quién es esa sombra? ¿Quién es esa mujer? Por favor, dame su nombre exacto, espejo. Dime quién es».

#### APOTEOSIS DE LA TRISTEZA

IX. **La caja.**<sup>78</sup> Esta ya no es una esfera de radios equidistantes acariciados por el sol en su rotación. Tampoco es ese pálido punto azul que tanto nos emocionara.<sup>79</sup> No, no lo es. Ahora es una caja, un prisma rectangular con un profundo fondo; un fondo oscuro, lúgubre, sin luz posible; un fondo donde es imposible ver ni percibir siquiera las sombras de todas

78. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 16 de junio de 2008. La versión de *Pro Marcelas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

79. Véase en *Soltadas Uno*, la entrada veinticinco: «Más allá de más acá. Del espacio: ordenada (Y)»; y en este tomo de *Soltadas Tres*, la pieza «Punto absoluto», que forma parte de la entrada veintiuno: «Moiras apoteosis».

las Rand Abdel-Qader<sup>80</sup> que jamás sabrán en qué momento tuvo lugar la metamorfosis espacial ni qué pecado cometieron más allá de creer en la primavera.

**X. Platonismo.**<sup>81</sup> I. A Sadalone cuento mi ágape: dos piezas de esto, un jugo de eso y, trituradas, cinco porciones de aquello. Le hablo de la preciosidad de su sabor y me mira sonriente. Le pondero el buen gusto que al paladar deja el manjar.

—¿Y si las proporciones fueran otras? —me pregunta.

—Me seguiría produciendo placer su consumo.

—¿Dónde se ha de hallar el punto exacto para alcanzar la sublimidad en tu vianda? —me inquiere—. Si conforme haces uso de cinco porciones hicieses lo propio con cuatro o con seis, ¿no crees que hubieses logrado aumentar el gozo que ya de por sí te concedieron las primeras cinco? Si hubieses incrementado las dos piezas con una equis parte de otra, ¿habrías obtenido el culmen a partir del cual ya nada puede ser superado?

—Imposible de saber sin experimentar ni comparar —le respondo.

---

80. «Rand 'Abd al-Qader, de 17 años, murió en Basora el 16 de marzo de 2008. Fue asesinada por su padre, con la ayuda, al parecer, de dos de sus hermanos, por haber entablado amistad con un soldado británico destacado en la ciudad. 'Abdel Qader 'Ali, que admite haber matado a su hija, fue interrogado en una comisaría de policía local. Dijo a un periódico británico que los agentes comprendieron sus motivos y lo dejaron en libertad al cabo de dos horas. Aún no se han presentado cargos contra él ni ha sido juzgado. Leila Hussein, madre de Rand 'Abd al-Qader, denunció el asesinato y abandonó a su esposo, aunque esto significaba tener que vivir oculta. Lo hizo con ayuda de una organización local de mujeres». Recuperado de: <https://www.amnesty.org/es/latest/news/2009/04/atrapadas-violencia-mujeres-irak-20090420/> [9 de agosto de 2023].

81. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 12 de abril de 2009. La versión de *Pro Marcelas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

—Ese punto sublime —me apunta— es el centro de un universo. Aquí tiene su origen la perfección, la que intuimos nos llevará a la dicha inigualable. Como si de una gran onda se tratase, en torno a la señal, orbitando, giran las seculas que la envuelven. Conforme nos alejamos de la marca exacta, nos distanciamos de esa referencia y, en consecuencia, de la percepción de su acceso. Así son las relaciones humanas. Solo así se puede entender la permanente insatisfacción que subyace en la misma esencia de la existencia por mucho que se experimente y se compare. Un descontento que cubrimos con el beneplácito de un adecuado conformismo que, de manera cotidiana, apuntalamos ante los espejos de la memoria. Dedicamos toda una vida cada día a buscar las adecuadas proporciones que nos conduzcan a la excelencia entre nosotros siguiendo la ruta del incierto mapa de los deseos y las esperanzas, y terminamos por aceptar con resignación ese presente en el que desembocamos diariamente; uno que, en mayor o menor medida, siempre estará alejado del punto sublime.

II. Al día siguiente y al otro, hice cuantas combinaciones me permitió mi entendimiento para comprobar si era posible llegar a la exacta proporción de la excelsitud. Pero no podía evitar el preguntarme si ahí, en el gozo del brebaje, se acababa todo, si no era factible hacer algo más que superarse en placer a lo ya obtenido. Hasta tal extremo aumentó mi preocupación, que terminé desistiendo y amparándome en que aquello no era más que una suerte de idealismo que, como tal, era tan inalcanzable como absurda la proposición de su consecución. Confesé a Sadalone mi frustración por no lograr el punto sublime. Sonrió.

—No existe como tal —me dice—. Si fuera real, estaría siempre transformándose por culpa de las incesantes búsquedas, necesidades y circunstancias que nos sacuden de un modo permanente. La sublimidad anhelada hace un rato —menos viejo— ahora —menos joven— se ha desplazado

de su lugar primigenio. Lo que consideramos estático «*eppur si muove*». Nuestra insatisfacción, en el fondo, no es más que la asunción de que hay un punto sublime accesible, cuando no es posible. Tu experiencia te acaba de mostrar cómo funciona la humanidad, cómo sobre las cenizas de las frustraciones se erigen los imperios. Gracias a la búsqueda del punto sublime hemos evolucionado, aunque todos, desde la inmisericorde individualidad que nos acoge, sigamos resignados a ver cómo siempre desembocaremos en la periferia de la perfección.

**XI. La verdad.**<sup>82</sup> ¿Cuál es el verdadero rostro de los objetos, los hechos o los individuos: el que muestra, el que queremos que muestre o el que suponemos que muestra? ¿Cuál es el perfil correcto de los objetos, los hechos o los individuos: el que vemos, el que otros ven, el que intuimos que ven o el que deseamos ver? La duda no es baladí. Nos hemos acostumbrado a vivir con una verdad prestada que nos resulta admisible porque nos integra en las coordenadas de un espacio y un tiempo que, de alguna manera, al menos al principio del gran trayecto, no hemos elegido voluntariamente.

Silenciamos “la verdad” —la que no admire matizaciones— porque siempre es más cómodo aceptar ese cúmulo de pequeñas e incompletas certezas que, como piezas de un enorme puzzle, vamos ubicando en el tapiz de nuestra vida. Con ellas construimos el inmenso rompecabezas que nos da sentido, ese espacio cromático uniforme en el que deambulan las convicciones tibias. Así logramos que no se generen malestares, aunque sepamos que, en el fondo, estamos haciendo trampas porque forzamos el encaje de las piezas en los lugares de nuestra cotidianeidad donde no deben ir.

Creo en la existencia de esa “verdad” que entrecomillo tanto como en la imposibilidad de la objetividad; y creo en

82. Este texto se publicó por primera vez en *Teldeactualidad* el 26 de abril de 2009. La versión de *Pro Marcelas* es la segunda; la presente, la tercera y última.

la necesidad indescriptible de los seres humanos por ocultar la primera para ponderar con énfasis el error de la segunda. También creo en la realidad de “la mentira”, ese pacto interno que mantenemos con nosotros mismos con el fin de aplacar el fragor de un silencio que nos concedemos y que nos permite mirar a cuantos nos envuelven sin que el lastre de la culpa infundada nos desestabilice.

Aceptamos por conveniencia unas reglas de juego preestablecidas por otros y pastoreamos, con mayor o menor habilidad, los contratiempos de “la verdad” moldeándola hasta que adquiera el aspecto de una conformidad afín al mundo que nos envuelve. No queremos conflictos, aunque vivamos sumidos en el peor de cuantos hay: aceptar como válido aquello que —sabemos— nos desangra por dentro. Hemos aprendido a secar el fluido de la incomodidad y a maquillar las cicatrices. También a decir con una sonrisa que estamos bien y que todo marcha... Buena enseñanza, sin duda, si de lo que se trata es de evitar caer en la tentación de morder la manzana.

**XII. El instante.**<sup>83</sup> Ante la duda, el instante, el preciso momento marcado en la memoria, la huella indeleble que mantenemos profunda para verla siempre que volvamos la vista.

83. Este apareció por primera vez en *Teldeactualidad* el 5 de abril de 2009 y se reprodujo en *Pro Marcelas* sin cambios. En la nota a pie de página n.º 224 de *Soltadas Dos* (Mercurio Editorial, 2022), centrada en la vigesimocuarta lectura del título, “Instantes”, se lee lo siguiente: «La primera versión de las dos piezas que contiene esta entrada vio la luz en mi *Pro Marcelas* (Anroart Ediciones, 2010): el texto I, como parte del prólogo; el II, como escrito independiente titulado “El instante” [la composición que ahora nos ocupa]. El del preámbulo se reprodujo en *Teldeactualidad* el 6 de junio de 2010; el segundo, el 24 de marzo de 2021, en *Noticias de Agüimes*. Los dos con muy pocos cambios, solo alguna que otra corrección de errata. La versión de “Instante I” que se recoge en este tomo es una revisión de la composición prologal que se hizo para el libreto del disco compacto *Del barrio a la Luna* que Barrios Orquestados realizó en 2018». En este volumen se reproduce como artículo de *Pro Marcelas* lo que fue una parte de la referida *soltada* veinticuatro. No se ha modificado nada en esta ocasión porque la versión del *Dos* es la definitiva.

Ante la zozobra, el instante, ese punto de no retorno que avivamos en medio de las inclemencias del alma esperando que nos reconforte con la calidez de los años dorados.

Cuando tiemblan los pilares y se estremecen los naipes de la cotidianidad, aparece el instante, el sublime momento que logrará detener un desastre que nunca conoceremos y que servirá de placebo para cerrar los huecos por donde estábamos dejando salir aquello que con celo guardábamos y por lo que hubiésemos dado la vida misma si por su conservación nos la hubiesen pedido. Cuando se hacen eternas las horas de la inquietud y el sosiego vuelve su rostro a la senda del abandono o el conflicto, llega a nuestra retina el instante, el gozoso momento en el que alcanzamos a detener el tiempo y conceder a las imágenes añejas el don de una complicidad que nunca cuestionaremos por parecernos sagrada.

Así, a fuerza de instantes, logramos cerrar el corazón a esas dudas que pleitean con la conciencia y llenan las convicciones de incertidumbre. Solo así conseguimos conformarnos con ese presente que ante el ataque de las perturbaciones ha ido perdiendo el carácter ensoñador que nos permitía recibir a los nuevos días. Así, sin pena ni gloria, seguimos peregrinando y deteniéndonos en las estaciones de los instantes; y así será hasta que, en la última parada, al mirar atrás, veamos muchas huellas conocidas y un sendero de momentos marchitos que no quisimos descubrir, de certezas que nos negamos a explorar, de posibilidades que no supimos aceptar porque nos consolaron esos instantes que aprisionamos al miedo de los nuevos sentimientos. Así será hasta que la dicha infundada sea desterrada de la faz terrestre por la muerte, el último instante.

**XIII. Otra noche estrellada.** Reconozco sin quererlo que te quiero; y que buscaría la llave que todo lo detiene para fundirme contigo en ti, para depositarme en el lugar más remoto de tu corazón, para aletargarme en la cadencia de tus latidos. Para vivir allí el resto de la eternidad. Acepto que

te quiero, aunque solo en este momento te lo diga, aunque nunca más se me ocurra hacértelo saber, aunque jamás vuelva a reconocerlo. Porque de otros labios han de ser tu sonrisa y tus besos; de otros, como debe ser para que todo siga siendo hermoso. Y tú, feliz; y yo, con ello.

CONTEXT● <sup>TRES</sup> .....	13
AGRADECIMIENTOS.....	37

## SOLTADAS TRES

### DE LITERATURA

1. <b>El cervantino caso de <i>La viuda</i> de José Saramago</b> [José Saramago, <i>La viuda</i> ].....	43
2. <b>Entre Madeleine y Maud, clareando la bruma</b> [Ángeles Alemán Gómez, <i>Maud Bonneaud-Westerdahl</i> ...].....	55
3. <b>Cuidando el legado de los vientos</b> [Víctor Álamo de la Rosa, <i>Trabajar en los vientos</i> ] .....	65
4. <b>Dos de tantos: los guirres de Víctor Ramírez</b> [Víctor Ramírez, <i>Guirres sin alas</i> ].....	71
5. <b>En la Matilla, donde <i>La hijuela</i></b> [Marcos Hormiga, <i>La hijuela</i> ] .....	81
6. <b>Dos lecturas sobre Domingo-Luis Hernández</b> [Domingo-Luis Hernández, <i>Veneno en el paraíso y Angostura</i> ] .....	91
7. <b>Otredades y miedos en el insectario de <i>Carcoma</i></b> [Yurena González Herrera, <i>Carcoma</i> ].....	109
8. <b>En el cálido huerto de Landero</b> [Luis Landero, <i>El huerto de Emerson</i> ].....	117
9. <b>Coordenadas alternativas para el siglo XX</b> [Antonio Puente, <i>Para un imaginario del siglo XX</i> ...].....	129
10. <b>Diarios domésticos del desamor</b> [Rafael-José Díaz, <i>Duérmete, cuerpo mordido</i> ].....	139

11. <b>Ese vivir sediento de Amélie Nothomb</b> [Amélie Nothomb, <i>Sed</i> ].....	151
12. <b>Para leer en la gran orilla de Ricardo Blanco</b> [José Luis Correa, <i>Para morir en la orilla</i> ].....	163
13. <b>En el jardín de Roco ocurrió...</b> [Alexis Ravelo, <i>Los nombres prestados</i> ].....	181
<b>  Alexis Ravelo, ante todo, buena gente, 190  </b>	
14. <b>Antonio Becerra, piedra en esta otra vida</b> [Antonio Becerra, <i>En esa otra vida de la piedra</i> ].....	203

Y...

15. <b>Un gestor administrativo de contenidos</b> [ <i>Un docente y otros textos sobre educación</i> ] I. Teoría vs. práctica vs. experiencia, 217   II. Renovación, 218   III. 17 > inercia > 18, 219   IV. Sobre lenguaje inclusivo, 220   V. No a “señorita”, 221   VI. Cantidad, ¿calidad?, 221   VII. <i>Aurea mediocritas</i> , 222   VIII. Deontología del juzgador, 223   IX. Cómo a nuestro parecer cualquier tiempo pasado..., 223   X. Por válido lo que no hubo, 224   XI. Segundas oportunidades, 225   XII. Sobre la repetición de curso, 226   XIII. Multa por absentismo, 227   XIV. «El rey está desnudo», 228   XV. Mayonesa para el pescado, 229   XVI. Profesionales para la escuela, 230   XVII. Una incuestionable educación: la infantil, 231   XVIII. Responsabilidad lingüística compartida, 234   XIX. Las intermitencias del suspenso, 235   XX. Huecas huelgas, 236   XXI. Sobre idiomas: imposición vs. elección, 238   XXII. 6+4 vs. 10, 239   XXIII. Si algo cambia, quizás todo cambie, 241   XXIV. TIC cataplaf, 243   XXV. Pro traductores, 244   XXVI. Trabajadores públicos, ciudadanos privado-concertados, 247   XXVII. Un docente. <i>Re-load</i> ..., 249.	
16. <b>Memorial de la pandemia</b> [ <i>Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Después (del) 19</i> ] I. No soy un héroe, 252   II. Improvisación, 253   III. Excedentes, 254   IV. <i>Carpe diem</i> zoológico, 255   V. Excesos contraproducentes, 256   VI. Lírica bélica, 258   VII. Detrás del bulo, 260   VIII. Imbéciles por vocación, 261   IX. Nada que celebrar, 263   X. ¿Desobediencia, irresponsabilidad, maldad?, 266.	
17. <b>De la tierra</b> .....	269
18. <b>El Hierro inconmensurable</b> [Víctor Álamo y Alexis W. , <i>El Hierro, la isla al principio</i> ].....	271
19. <b>El altermundismo de Francisco Morote</b> [Francisco Morote Costa, <i>En clave altermundista</i> ] .....	279

## 20. Marcelas todas

[*Pro Marcelas*]

Discurso de Marcela, 297 ● I. Prólogo a este instante, 299 ● APOTEOSIS DE LA SOLEDAD II. En el oropel de nunca jamás, 300 | III. Perdida juventud por la infamia, 301 | IV. Mujer sentada piensa..., 303 ● INCONTINENCIAS DE LA COTIDIANEIDAD V. Sobre lo políticamente correcto, 307 | VI. ¿Irremediable involuntariedad?, 311 | VII. El orden de los factores, 313 | VIII. Monólogos en pena mayor, 315 ● APOTEOSIS DE LA TRISTEZA IX. La caja, 321 | X. Platonismo, 322 | XI. La verdad, 324 | XII. El instante, 325 | XIII. Otra noche estrellada, 326.

## 21. Moiras apoteosis

[*Moiras chacaritas*]

APOTEOSIS DE LA SOLEDAD [EXPEDIENTE CLOTO] I. «Aunque muchas veces no lo siento...», 330 | II. Cóctel Molotov para una guerra posible, 331 | III. Metáforas, 331 | IV. Prioridades, 336 | V. *Memento mori*, 336 | VI. «A veces, cuando uno menos se lo espera...», 338 | VII. Teoría, 339 | VIII. Credo, 340 | IX. «He aquí la soledad del que ve caer sus células...», 340 | X. 18 de junio de 2010, 341 | XI. La circunferencia, 341 | XII. El hipócrita, 345 | XIII. «¿Qué os mueve, panda de zánganos...?», 346 | XIV. Las etapas de la muerte, 346 | XV. Renovaciones perversas, 348 | XVI. Elecciones, 349 | XVII. Desaconsejada consejera..., 349 | XVIII. «Ciudadanos, sé que nada debe ser más penoso...», 350 | XIX. ¿Qué hay de lo nuestro?, 351 | XX. El decreto, 352 | XXI. Miserables, 353 | XXII. Un dilema como cualquiera otro, 355 | XXIII. Cuestión matemática, 356 | XXIV. El organigrama, 356 | XXV. Del rey para abajo, todos “sabios”, 360 | XXVI. Eruditos de Argamasilla, 362 | XXVII. Silogismos democráticos, 363 | XXVIII. Examen, 365 | XXIX. A vueltas con la honradez y la docencia, 366 | XXX. Lectura rima con tortura, 374 | XXXI. La tragedia de la lectura, 381 | XXXII. Mi infracultura, 382 | XXXIII. Punto absoluto, 387 ● APOTEOSIS DE LA TRISTEZA [EXPEDIENTE LÁQUESIS] XXXIV. «Durante mucho tiempo, recibí en mi buzón...», 389 | XXXV. Primeras notas, 389 | XXXVI. «No hay historia más trágica...», 393 | XXXVII. Poética, 393 | XXXVIII. El archivo, 395 | XXXIX. El tramo, 397 | XL. «Fue la inocente angustia de los torbellinos...», 400 | XLI. Cayucos, 400 | XLII. Invierno en primavera, 400 | XLIII. Tango de los abrazos imposibles, 401 | XLIV. *Liebestod*, 403 | XLV. Atomatito rufián, 406 ● APOTEOSIS DE LA MUERTE [EXPEDIENTE ÁTROPOS] XLVI. «En el último instante...», 407 | XLVII. Requiebros de la pérfida Sadalonia, 407 | XLVIII. Prontuario de la Ínsula Barataria, 409 | XLIX. «Señor a punto de morir manifiesta...», 414 | L. «Ahora en Macondo está lloviendo...», 414 | LI. Contra Sadalone, 415 | LII. «No he cometido el crimen de existir...», 425 | LIII. A la primera vez que será la última..., 425.

## 22. Extra omnes III

Para un dios, un mensajero, 427 ● WAR ENSEMBLE I. Para derrocar la no humanidad, 430 | II. Desarmar la realidad, 431 | III. *Quid pro quo?*,

434 ● DESCORTESÍAS, INDECENCIAS Y ESTULTICIAS I. Simplemente educación, 436 | II. Lucanores sin Patronios, 438 | III. Hay coños y coños, 440 | IV. Desrazonar, 442 | V. El reverso de una broma escolar, 444 ● AVISOS Y EMERGENCIAS I. No pasa nada, 446 | II. La democracia como límite, 449 | III. Derechización, 452 | IV. Devolver lo impropio, 455 | V. Transfuguismo en indecencia mayor, 459 ● TRONO REPUBLICANO I. Lo que no se ha dicho del doce de octubre, 465 | II. ¿Qué pensará Leonor?, 467 | III. Felípicas: IIª de 2021, 471; y IIIª de 2022, 484.

## 23. Decálogo sobre el libro impreso

[*Lecturas civiles*]..... 507

## 24. 36 años de un instante: C. P. León y Castillo, 1987-2023

[*Articulaciones*]..... 511

## 25. Leccionario de Átropos

[*Los cuartos y los finales*]

QUIPU 1 I. A una palabra que perdure más allá de la memoria..., 518 | II. A una palabra que perdure —continúo—..., 518 | III. Sucede, como siempre, porque siempre sucede..., 518 | IV. En la aislada isla de cada uno..., 519 | V. Lo que se necesita es dejar constancia por escrito..., 519 | VI. Conviene sortear los dos principales contratiempos de esta necesidad..., 520 ● QUIPU 2 I. También es necesario determinar qué testimonios escritos..., 520 | II. El ejercicio exige cierta disciplina..., 521 | III. Pensemos en un individuo insignificante..., 521 | IV. ¿Quiénes escribirán las epopeyas de los mundanos?, 522 ● QUIPU 3 I. Llegará. En algún momento, todo siempre llega..., 522 | II. Todos los años, en algún momento..., 523 | III. Como ya no hay señal que esperar..., 523 | IV. «¿Cómo será?», se preguntará aquel..., 524 | V. En la ambulancia, *homo habilis*..., 524 | VI. Cuando, como todos los años..., 524 | VII. Un sanitario me preguntará si estoy cómodo..., 525 | VIII. ¿Cuántos kilos de alimento...?, 525 | IX. «¿Mis cenizas?», se me ocurre preguntar..., 526 | X. La memoria es lo que permanece..., 526 | XI. Cuánto queda sin hacer..., 528 | XII. He llegado..., 528 ● QUIPU 4 I. —Señor, ¿en qué puedo ayudarle?, 528 | II. Hasta aquí hemos llegado..., 533 | III. Enero, 30. Para cerrar la circunferencia..., 534 | IV. Sala de despertar..., 536 | V. ¿Cómo será después?, 537 | VI. No sé qué es vivir..., 538 | VII. A la Muerte imágino tomando la palabra..., 538 | VIII. Si el destino y en lo que nos convertiremos..., 539 | IX. «Yo doy sentido a todo...», 540 | X. Dormir no es más que un recordatorio..., 540 ● QUIPU 5 I. Llegará..., 541 | II. Ahora que ya he dejado de mirar..., 542 | III. ¿Cuándo toca morir?, 542 | IV. Ante los azarosos cuándo..., 543 | V. —Y queda determinar el quién..., 543 | VI. En la basura, siempre; en la basura, por favor..., 544 | VII. Tú, quien ha leído, asume..., 544 ● EPÍLOGO, 544.

ÍNDICE ONOMÁSTICO DE SOLTADAS UNO, DOS Y TRES ..... 545

DE LITERATURA

1. *El reloj de Clío, un espejo brillante para novelistas* [Emilio González Déniz, *El reloj de Clío*]
2. **Sí, tienes que mirar y leer a Starobinets** [Anna Starobinets, *Tienes que mirar*]
3. **Textos paralelos para dar que pensar** [Víctor Álamo de la Rosa, *Da que pensar*]
4. **¿Quién delató a Domingo López Torres?** [Juan-Manuel García Ramos, *El delator*]
5. **Un tío como espejo para políticos corruptos** [Alexis Ravelo, *Un tío con una bolsa en la cabeza*]
6. **Manual para salvar los libros que se perderán** [Javier Schez García, *Manual de pérdidas*]
7. **Julia Gil, pasión y destrucción en medio del páramo** [Julia Gil, *Tiempo de pasión, tiempo de destrucción*]
8. **Escritores, un imprescindible...** [*The Paris Review*]
9. **¿Malos tiempos para la lírica?** [Osvaldo Guerra Sánchez, *Las siete extinciones*]
10. **Muestras para un diccionario sadalónico** [*Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Después (del) 19*]
11. **20 quipus literarios y un poema desesperante**
12. **Para una historia teldense de la literatura canaria** [VV.AA., *Letras a Telde, 1351-2001*]

13. **Día de las Letras Canarias, manifiesto** [*El tribuno. Revista bimestral de pensamiento*]
14. **Para una despedida de Cervantes** [*Demonios cervantinos / El Quixote sin don Quijote*]
- Y...
15. **De presiones prisioneros los docentes**
16. **Barrios [mundo mejor > mundo feliz] Orquestados** [José Brito López, B.O. *Metodología musical desde lo social*]
17. **Del mar tenebroso al océano afectuoso** [Antonio Becerra Bolaños, ed., *Poesía atlántica*]
18. **La Transición como prólogo y epílogo de un relato inconcluso** [Fernando T. Romero Romero, *La Transición en Agüimes*]
19. **Donde las huellas, los caminos** [Luis López Sosa, *Toponimias y antroponimias de Telde*, t.1]
20. **Perenne San Gregorio**
21. **Samper Padilla. Ante todo, calidad humana**
22. **Extra omnes I** [«Ego teológico»; «Lecturas civiles, una introducción»; «Entre redes: antidisturbios vs. antide-mócratas»; «Una verdad republicana» y «Carta desesperada a un ángel prisionero»]
23. **Felípica I de 2020**
24. **El camino hacia Los cuartos** [*Los cuartos y los finales*]
25. **Más allá de más acá. Del espacio: ordenada (Y)** [*Cuestiones Objetivables Vislumbradas...*]

DE LITERATURA

1. **Lectura de una ternura: los caníbales de...** [Víctor Álamo de la Rosa, *La ternura del canibal*]
2. **El gran evangelio de María Magdalena** [Cristina Fallarás, *El evangelio según María Magdalena*]
3. **Pildain desde una exquisita verdad ficcional** [Juan José Mendoza, *A orillas del Guiniguada*]
4. **Sombra de identidades. El informe Silvana de Sabas Martín** [Sabas Martín, *El informe Silvana*]
5. **Un heredero canario de Le Carré, Forsyth y Grisham** [Christopher Rodríguez Rodríguez, *El lince*]
6. **En Pasividad, el diablo anda disfrazado** [Víctor M. Bello Jiménez, *Operación Ática. Bengoechea, caso 1*]
7. **En la finita infinitud del horizonte** [Diana Fleitas Rodríguez, *Horizonte*]
8. **Antologías: didactismo, deleite, homenaje y gratitud** [*Breve antología escolar de la literatura canaria*]
9. **Los descarriados y las calidades literarias** [Enrique Mateu, Artenara, «Infame esclavitud»]
10. **Algo, no mucho, sobre lectura, literatura y educación**
11. **En el vademécum temporal de Miguel Ángel Sosa** [Miguel Ángel Sosa, *Anatomía del tiempo*]
12. **Librorum prima civitas et sedes** [El hecho: «Pasado, presente y futuro del libro en Telde»; el recuerdo: «Enlibrado para la prima civitas et sedes»]
13. **Sobre la denominación «literatura canaria»** [*Breve antología escolar de la literatura canaria*]

14. **Para una despedida de González de Bobadilla** [«Preliminares a la paratextualidad»; «Entre los desafectos y los afectos»; «Pastorilia» y «Consumatum est, Bernardo»]
- Y...
15. **Un docente** [*Un docente y otros textos sobre educación*]
16. **Penúltimas lecciones escolares de 2020** [*Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente Después (del) 19*]
17. **En el senado de los egos**
18. **Haz y envés de La Transición. Agüimes como referencia** [Fernando T. Romero Romero, *La Transición en Agüimes*, pág. XXX]
19. **Una brújula para la justicia y la memoria popular** [Fernando T. Romero Romero, *La dictadura franquista en Agüimes a través de sus documentos (1939-1953)*]
20. **Pérez Casanova, una oportunidad para no olvidar** [Nicolás Guerra Aguiar. *La represión franquista contra Gonzalo Pérez Casanova*]
21. **¿Sobre dichos y modismos? «Pa'una cabra partía, un macho corcovao»** [Luis Rivero, *Como dice el dicho*]
22. **Extra omnes II** [«Liberación»; «Mentira es y punto»; «Parlamento fallido»; «Patriotas y patriotas» y «Docentes públicos, ciudadanos concertados-privados»]
23. **La ira** [*Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente...*]
24. **Instantes** [*Pro Marcelas*]
25. **Más allá de más acá. Del tiempo: abscisa (X)** [*Cuestiones Objetivables Vislumbradas Inquietamente...*]